

¿Pagan los pobres la cuenta del desarrollo sostenible?¹

Jeffery W. Bentley²

Resumen. Antes de 1964, la agricultura del norte de Portugal era sostenible, pero económicamente miserable. En Centroamérica no hemos tenido que comprar la sostenibilidad a costo de la miseria, ya que la economía actual no es sostenible pero sí es miserable. Hay tres pilares de un desarrollo sostenible. 1) Áreas protegidas. La extracción de madera, la ganadería y la agricultura de colonos destruyen la capacidad productiva de estos lugares. 2) Una agricultura sostenible basada en la mezcla de la agricultura tradicional y la ciencia moderna. 3) Respeto por las comunidades tradicionales. Ellas guardan importantes fuentes de información: especies silvestres, variedades tradicionales de cultivos, culturas e idiomas.

Palabras claves: agricultura tradicional, desarrollo sostenible, pobreza.

Abstract. Before 1964, the agriculture of northern Portugal was sustainable, but economically miserable. In Central America we have not had to purchase sustainability at the cost of misery, since the contemporary economy is both unsustainable and miserable. There are three columns of sustainable development. 1) Protected areas. The timber extraction, cattle ranching and colonist agriculture destroy the productive capacity of these areas. 2) A sustainable agriculture based on the mix of traditional agriculture and modern science. 3) Respect for traditional communities. They safeguard important sources of information: wild species, traditional crop varieties, human cultures and languages.

Key words: traditional agriculture, sustainable development, poverty.

En Pedralva, Portugal, en 1983 y 1984, los campesinos me contaban sobre la agricultura antes de 1964. Me parecía que era ecológicamente apropiada, o como diríamos hoy en día, "sostenible". No usaban agroquímicos ni petróleo. La fuente de energía eran los ríos para los molinos de maíz y centeno, los animales para jalar arados y carretas, y la gente para hacer casi todo lo demás. Se buscaba tojo, helechos, brezo y escoba del bosque para hacer abono para los campos. Intentaban reciclar todos los nutrientes. Las casas de los agricultores eran de dos pisos, con la gente en el segundo piso y los animales en la planta baja. Los cerdos estaban bajo la cocina y había un hueco en el piso para botar la basura de la cocina a los cerdos. Luego se aprovechaba el excremento de los cerdos como fertilizante. La letrina de la gente estaba dentro de la casa, pero en el segundo piso, arriba del corral de las vacas, para que el excremento

humano se mezclara con el del ganado para devolverlo a los maizales. Hasta las cenizas se mezclaban con excremento de conejos para fertilizar el huerto (Bentley 1992a). Después de 3,000 años, los agricultores en vez de erosionar el suelo habían creado una capa gruesa y negra de tierra fértil (Stanislawski 1970). Era un agroecosistema casi cerrado que había durado siglos. Yo lo admiraba mucho. Parecía ideal. Sólo había un problema. El sistema permitía a unas 30 familias de campesinos comer carne de vez en cuando y comprar zapatos para sus hijos. Otras 200 familias decían que su vida era "una miseria". La gente mendigaba en pequeños ejércitos. Los pobres regalaban sus hijos a los campesinos "ricos" para que los niños trabajaran a cambio de comida. Este es el origen de la palabra "criado," un sirviente agrícola criado desde niño para servir a su amo. Algunas mujeres se prostituían por un kilo de azúcar, y aún así había gente que se moría de

¹ Una versión anterior de este trabajo se presentó en la Reunión Académica "Manejo Sustentable y Pobreza," Programa Universitario del Medio Ambiente (PUMA), Universidad Nacional Autónoma de México, México, DF el 6 y 7 de junio de 1994.

² Antropólogo. Casilla 2695, Cochabamba, Bolivia

hambre. En cambio, algunos agricultores todavía recuerdan aquellos tiempos como los días buenos, cuando la mano de obra era casi gratis, "se les daba cualquier cosa" a los obreros.

En 1964, Francia abrió sus puertas a los inmigrantes portugueses y miles se fueron. La mitad de la parroquia de Pedralva se fue, sobre todo los obreros sin tierra. Muchos regresaron con ahorros, compraron tierra y construyeron casas, creando una fuente de empleo. Los agricultores, que no tenían necesidad de emigrar, se quedaron y empezaron a ganar más dinero con la venta de leche fresca. Empezaron a usar agroquímicos y tractores como sustitutos de la mano de obra. La comunidad estaba de acuerdo en que la miseria había terminado. Nadie dijo que el uso del petróleo y fertilizante químico, y la dependencia en divisas de Francia, no eran sostenibles. No pasó ningún desastre ecológico, a corto plazo, y la gente había optado por abandonar una agricultura sostenible por una vida sin miseria (Bentley 1989a, 1992a).

En Centroamérica no hemos cambiado la miseria por el desarrollo no sostenible; hemos logrado tener la miseria junto con el desarrollo no sostenible. Tenemos una taza de deforestación que nos dejará sin bosques para el año 2010 (Chapin 1992), incendios forestales no controlados (Koonce y González-Cabán 1992) y pérdidas de hasta 60 toneladas de suelo por hectárea por año (Leonard 1987); seguimos exportando carne mientras la gente come cada vez menos (DeWalt 1985, 1986, Barry y Norsworthy 1990).

La situación en Latinoamérica es bien conocida. Los ganaderos y los madereros minan el bosque, financiados por crédito y capital internacional (Hayter y Watson 1985, Hancock 1989, Adams 1991, Pearce *et al.* 1990, Moran 1993). La tenencia de tierra es ecológicamente absurda, ya que las mejores tierras en los valles son más aptas para cultivar granos, pero pertenecen a las haciendas que producen más ganado que otra cosa (Caufield 1984). Los campesinos que nos alimentan han sido expulsados a las laderas, donde cultivan maíz y frijol en tierras que no son apropiadas para eso (DeWalt y Stonich 1990). El pueblo en países como El Salvador casi no tiene acceso a la tierra, lo cual inclina a muchos a la revolución (Durham 1989).

He bosquejado estas cosas, conocidas quizás por todos los lectores, para recalcar que el desarrollo no sostenible en Latinoamérica no es culpa de los campesinos, sino de la política y la macroeconomía. Pero actuamos como si el

problema fueran los campesinos. El estereotipo dominante es que los campesinos están destruyendo la tierra. Es una actitud curiosa, algo paralela al estereotipo del alcoholismo entre los campesinos. La sociedad hondureña en general ha calificado a los campesinos como borrachos. Pero durante el tiempo que yo viví y anduve entre los campesinos, los vi ebrios pocas veces. En los pequeños comedores lo que la gente más toma son refrescos y café. Cada ocho días, cuando pasa el mayorista de cervezas, se mira que deja una caja aquí, dos allí, pero no deja grandes cantidades en ninguna de las pequeñas tiendas. El mito del campesino borracho se debe a que el campesino toma poco, pero en forma bien visible. Un campesino puede pasar semanas sin un trago, pero luego se pone a tomar un día domingo o feriado. Suele empezar a tomar en la mañana y sigue hasta que se le acaba el dinero o se cae al suelo. Un capitalino que pasea con su familia el domingo y mira un campesino tirado boca abajo en el zacate, con su caballo ensillado esperándole, concluye que los campesinos son alcohólicos.

Un campesino toma poco, pero en una forma bien visible, de igual manera, el campesino hace poco daño ambiental, pero en forma bien visible. La sociedad le acusa de ser destructor de la naturaleza. Cuando vemos a un campesino con su burro cargado de leña, o vemos a uno rozando el bosque para sembrar, el impacto ambiental es muy claro. Los burgueses destruimos el ambiente a larga distancia, los carros que usamos son hechos de metal que se hizo de toneladas de piedra, arrancadas de la tierra en otro lugar. El combustible que usamos no es un recurso renovable y nuestra dieta basada en la carne puede gastar hasta 10 veces más la energía que gasta una dieta vegetariana. Las cantidades de metal, plástico y papel que usamos tienen un costo ecológico (Ehrlich y Ehrlich 1981, 1990). En 1994 en una aldea indígena en Honduras, un compañero mío botó una latita vacía. Una señora limpió la lata y la dio a su pequeño hijo como juguete. Esta gente usa tan pocos materiales que hasta una lata usada es una novedad.

Sí hay muchos problemas ecológicos en las comunidades tradicionales, y merecen programas para solucionar la erosión del suelo, el abuso de agroquímicos y otros, pero ya tenemos varios programas para convencer a los campesinos de que no quemen el bosque o de que conserven el suelo. Pero, ¿Cuándo vamos a tener un programa para convencer a los ricos a consumir menos?

Consideremos el desarrollo sostenible en cuanto a: 1) el manejo de áreas silvestres, 2) la agricultura y 3) el respeto por los derechos humanos de las comunidades tradicionales.

Áreas Silvestres. En la frontera agrícola de la Mosquitia hondureña, sobre todo en la biósfera del Río Plátano, vemos una fuerte invasión de colonos. Los 40,000 indígenas que viven allí han vivido en base a una agricultura de roza y quema, pero sólo en las vegas del río. Pescan y cazan. Esta vida sostenible está bajo ataque por los colonos invasores. Primero entran los madereros y hacen caminos para sacar los troncos. Eso deja entrar a los ganaderos, que limpian los potreros y traen obreros. Los campesinos siguen sus huellas, procedentes de zonas donde la producción de ganado y algodón ya ha destruido mucho la capacidad de la tierra (SECPLAN 1989: 27, DeWalt y Stonich 1990). El caso de estos campesinos es complejo. Sus casas y cafetales son fruto de mucho trabajo, ganados del bosque con un par de herramientas y el sudor. Le saludan a uno abiertamente, sin timidez, ofreciendo lo que tengan para comer y beber. Unos 30,000 campesinos se podrían acomodar fácilmente en una comunidad de agricultura intensiva con la manufactura liviana, o podrían arrasar con todo un bosque. Los campesinos que se metieron a la biósfera sabían que era prohibido, pero nadie aplicó la ley para que no lo hicieran. Los ejércitos protegen a las haciendas y ¿por qué no a los parques nacionales? Un campesino ubicado ilegalmente en la biósfera me preguntó. "No nos quieren en la ciudad, y no nos quieren aquí ¿dónde quieren que vayamos?" Los colonos son de los más trabajadores y adiestrados campesinos. Son un recurso mal manejado, botando ya los últimos árboles para trabajar cuando los valles están llenos de ganado y mal aprovechados.

Es mucho esperar que los campesinos desesperados tengan la concientización de preservar áreas silvestres, las cuales necesitamos si no por otra cosa, por su información genética. La historia nos enseña que cuando se deja a la gente colonizar libremente, talan casi todo el bosque antes de velar por un aumento de la productividad de la tierra. En Europa los agricultores de habla Indo-Europea que entraron hace miles de años no se preocuparon por establecer parques nacionales (Mallory 1989). Sin embargo, los campesinos tienen una base de entendimiento para convertirlos en aliados para la

conservación. Hace siete años que los campesinos me dijeron que los árboles conservan el agua, que dan frescura a la tierra. Desde aquel entonces algunos científicos empiezan a escribir que los bosques atraen la lluvia (Whitmore 1990: 180). A los campesinos les dan lástima los incendios forestales y lamentan la pérdida de árboles económicos. Los indígenas empiezan a organizarse para luchar por sus derechos a sus terrenos ancestrales. Todo esto es positivo.

La Agricultura. Si el pueblo necesita educación para entender el pleno papel del bosque natural, la agricultura sostenible es lo contrario. La única agricultura sostenible es la tradicional. Las terrazas arrozales de Asia (Thurston 1992), las chinampas de México (Wilken 1987), los huertos de la Amazonia (Carneiro 1988, Taylor 1988) son algunos ejemplos de sistemas que duraron siglos. La agricultura moderna derrocha el suelo mientras derrama petróleo. Nadie puede argumentar que es sostenible. Sin embargo, hasta muchos defensores de la agricultura tradicional ya argumentan de que no puede alimentar a la población actual y tiene que cambiar (Cleveland 1990). Los humanos no sólo distribuimos mal la riqueza, sino que somos muchos.

Si la agricultura tradicional ya no es suficiente, el aporte de la gente debe ser la creación de una nueva tradición en la agricultura. Tan pronto terminó el afán por la revolución verde los agrónomos empezaron a preocuparse por la agricultura orgánica. Como dijo un campesino hondureño a unos agrónomos ¿"Quiénes son ustedes para decirnos que no usemos agroquímicos? Ustedes son los mismos que hace 10 años vinieron a convencernos a usar fertilizantes y herbicidas." Buena pregunta. ¿Quiénes somos nosotros para convencer a los campesinos a no usar los productos que les aumentan la producción? ¿Quiénes somos nosotros para pedirles que acepten un nivel de vida que nosotros rechazamos?

Parte del problema es que nos creemos los expertos. Una vez fui guía de un grupo de turistas de desarrollo. Eran expertos extranjeros en producción de maíz, en una visita a Honduras, y querían conocer a algunos campesinos. Les llevé a una cooperativa de campesinos donde yo hacía un estudio. Los campesinos construían unas casas nuevas de adobe. Trabajaron colectivamente, edificando una casa idéntica para cada socio. Estos cooperativistas eran sofisticados con el trato de gente de la

ciudad. Presenté los científicos a los líderes de la cooperativa. Pedí permiso de enseñarles la milpa (maíz) grande, y les dije que estos señores eran expertos mundiales en el cultivo del maíz. Los líderes enviaron unos señores enfermos a acompañarnos a la milpa grande, y los líderes siguieron mezclando adobes. Los campesinos que nos acompañaron a la milpa hicieron una buena presentación sobre su trabajo y respondieron cabalmente a las preguntas de los científicos. Nosotros volvimos a explicar que estos señores eran expertos mundiales en producción de maíz y, en una mezcla de simpatía con el paternalismo, preguntamos si ellos tenían preguntas para los científicos. "No", respondieron. No le dieron vueltas a la cosa, simplemente "no". Estaban aburridos de los expertos (Bentley 1989b). En otro año la cooperativa había sido de las primeras en sembrar el frijol mungo. Llegaron tantos carros del estado y de las organizaciones no gubernamentales (ONG) para ver al frijol que los campesinos me comentaron sarcásticamente que se había gastado más en combustible para ver el frijol que lo que se había gastado en cultivarlo.

Necesitamos una nueva tradición agrícola sin el dominio de expertos, una tradición basada en la invención y la creatividad de la gente. Hay que escuchar y aprender de la gente. En Zamorano, Honduras, aprendimos que los campesinos sabían muchas cosas, pero que usaban muchos insecticidas, en parte, porque no sabían que habían insectos benéficos (Bentley 1992b). Dimos cursos de capacitación para enseñarles lo que ignoraban. Después los mismos campesinos inventaron sus propias prácticas alternativas (Bentley *et al.* 1993). Varios inventaron la aplicación de agua azucarada para atraer hormigas para controlar plagas insectiles. Con esta tecnología hemos entrado en otra etapa. Los entomólogos se han interesado en la técnica para estudiarla formalmente.

Respeto por las Comunidades Tradicionales. A pesar de que la economía actual se basa más y más en la información, destruimos fuentes de información que nunca más se pueden rescatar: el germoplasma de organismos silvestres, las variedades tradicionales de cultivos (Wilson 1988, 1992), y sobre todo, las culturas y los idiomas del planeta. Si los académicos tenemos una maldad de clase es que mucho hablamos y poco escuchamos.

Estoy cada vez más impresionado con el valor de escuchar. En 1993 fui al bosque lluvioso con el biólogo

y profesor hondureño, Gustavo Cruz. Gustavo coleccionaba vertebrados. Tenía un método poco ortodoxo de trabajar. Pasaba por la aldea de los indígenas Pech y Miskito, platicando con ellos. De repente los indígenas preguntaban "¿quiere que le traiga una culebra?" "No", decía Gustavo, "esta vez busco murciélagos y ratones. También quiero un oso hormiguero, pero vivo." Le iba a poner un radio transmisor. Un día unos señores aparecieron en el solar de la casa con un oso hormiguero, vivo. Gustavo nunca pagaba por los animales con dinero. Regalaba una taza de café o les invitaba a almorzar. Empecé a entender la confianza que Gustavo tenía con la gente cuando una tarde llegó el presidente de la organización de los Pech. Quería hacer una consulta con Gustavo. Empezó a hablar de algunos problemas de la comunidad. Gustavo se quedó escuchándole. El señor habló desde las cinco de la tarde hasta las nueve de la noche. El Profesor Cruz no hizo más que parpadear y escuchar. Al fin el señor pidió específicamente unos consejos y Gustavo le dio unas pocas palabras. En casi diez años de ver a técnicos interactuar con gente rural yo nunca había visto a un hombre prestar tanta atención a las palabras de otro. Usualmente si un campesino o indígena habla, dentro de uno o dos minutos el técnico ya quiere compartir su gran sabiduría. Si el escuchar es un arte perdido, vale la pena rescatarlo. Es una actitud imprescindible para aprender suficiente de los campesinos para después poder interactuar con ellos en una manera inteligente, compartiendo con ellos información científica que necesitan de manera que entiendan y que disfruten.

Empecé con la pregunta implícita de que si la agricultura sostenible tenía que acompañarse de la pobreza. No lo sé. Pero si seguimos destruyendo la capa de suelo, la biodiversidad y las culturas humanas, a lo mejor nos queda poco tiempo sobre la tierra. Además de frenar la explosión demográfica y el consumo sinvergüenza de los ricos, la base del intento tiene que ser en base a la información: la preservación de información genética y ecológica (áreas silvestres) y una agricultura que mezcle la ciencia con el conocimiento campesino.

Agradecimientos: Agradezco a Mauricio Bellon y al PUMA por invitarme a México. Ana González y Abelino Pitty hicieron comentarios sobre una versión anterior. El Departamento de Protección Vegetal, Zamorano, financió mi estadía en Honduras, con el apoyo de RENARM.

LITERATURA CITADA

- Adams, P. 1991. *Odious Debts: Loose Lending, Corruption, and the Third World's Environmental Legacy*. Londres: Earthscan. 252 pp.
- Barry, T. y K. Norsworthy. 1990. *Honduras: A Country Guide*. Albuquerque: The Inter-Hemispheric Education Resource Center. 160 pp.
- Bentley, J.W. 1989a. Eating the dead chicken: intra household decision making and emigration in rural Portugal. Pag. 73-90. *En* R.R. Wilk (ed.) *The Household Economy: Reconsidering the Domestic Mode of Production*. Boulder: Westview.
- Bentley, J.W. 1989b. Pérdida de confianza en conocimiento tradicional como resultado de extensión agrícola entre campesinos del sector reformado en Honduras. *Ceiba* 30(1):47-64.
- Bentley, J.W. 1992a. Today there is no misery: The Ethnography of Farming in Northwest Portugal. Tucson: University of Arizona Press. 177 pp.
- Bentley, J.W. 1992b. El rol de los agricultores en el MIP. *Ceiba* 33(1):357-367.
- Bentley, J.W., G. Rodríguez y A. González 1993. *Ciencia y Pueblo: Campesinos Hondureños y Control Natural de Plagas*. *En* D. Buckles (ed.) *Gorras y Sombreros: Caminos Hacia la Colaboración Entre Técnicos y Campesinos*. México, D.F.: CIMMYT.
- Carneiro, R.L. 1988. Indians of the Amazonian Forest. Pag. 73-86. *En* J.S. Denslow y C. Padoch (eds.) *People of the Tropical Rain Forest*. Berkeley: University of California Press. 231 pp.
- Caufield, C. 1984. *In the Rainforest*. Chicago. University of Chicago Press. 310 pp.
- Chapin, M. 1992. La co-existencia de pueblos indígenas y el ambiente natural en Centroamérica. *Mapa. Research and Exploration* 8(2).
- Cleveland, D.A. 1990. Development alternatives and the african food crisis. Pag. 181-206. *En* R. Huss-Ashmore y S.H. Katz (eds.) *African Food Systems in Crisis. Part Two: Contending with Change*. New York: Gordon and Breach.
- Dewalt, B.R. 1985. The agrarian bases of conflict in Central America." Pag. 43-54. *En* K. Coleman y G.H. Herring (eds.) *The Central American Crisis: Sources of Conflict and the Failure of U.S. Policy*. Wilmington: Scholarly Resources.
- Dewalt, B.R. 1986. Economic assistance in Central America: development or impoverishment. *Cultural Survival Quarterly* 10(1):14-19.
- Dewalt, B.R. y S.C. Stonich. 1990. *The Political Ecology of Deforestation in Honduras*. Trabajo presentado en las reuniones anuales de la American Anthropological Association Meetings en New Orleans.
- Durham, W.H. 1988. *Escasez y Sobrevivencia en Centro América*. San Salvador: UCA Editores. 256 pp.
- Ehrlich, P.R. y A. Ehrlich. 1981. *Extinction*. New York: Ballantine Books. 384 pp.
- Ehrlich, P.R. y A.H. Ehrlich. 1990. *The Population Explosion*. New York: Touchstone. 320 pp.
- Hancock, G. 1989. *Lords of Poverty*. Londres: Mandarin. 234 pp.
- Hayter, T. y C. Watson. 1985. *Aid: Rhetoric and Reality*. Londres: Pluto Press. 303 pp.
- Koonce, A.L. y A. González-Cabán. 1992. "Fire Management in Central America." Washington, DC: USDA Forest Service Gen. Tech. Rep PSW-GTR-129: 52-55.
- Leonard, H.J. 1987. *Natural Resources and Economic Development in Central America: A Regional Environmental Profile*. New Brunswick: Transaction Books.
- Mallory, J.P. 1989. *In Search of the Indo-Europeans*. Londres: Thames and Hudson. 288 pp.
- Moran, E.F. 1993. Deforestation and land use in the Brazilian Amazon. *Human Ecology* 21(1):1-21.
- Pearce, D., E. Barbier y A. Markandya. 1990. *Sustainable Development: Economics and Environment in the Third World*. Londres: Earthscan. 217 pp.
- SECPLAN (Secretaría de Planificación, Coordinación y Presupuesto). 1989. *Perfil Ambiental de Honduras 1989*. Tegucigalpa: SECPLAN. 346 pp.
- Stanislawski, D. 1970. *Landscapes of Bacchus: The Vine in Portugal*. Austin: University of Texas Press.
- Taylor, K. I. 1988. Deforestation and Indians in the Brazilian Amazonia. Pag. 138-144. *En* E.O. Wilson (ed.) *Biodiversity*. Washington: National Academy Press. 521 pp.
- Thurston, H.D. 1992. *Sustainable Practices for Plant Disease Management in Traditional Farming Systems*. Boulder: Westview Press. 279 pp.
- Whitmore, T.C. 1990. *An Introduction to Tropical Rain Forests*. Oxford: Clarendon Press. 226 pp.
- Wilken, G.C. 1987. *Good Farmers: Traditional Agricultural Resource Management in Mexico and Central America*. Berkeley: University of California Press. 302 pp.
- Wilson, E.O. (ed.) 1988 *Biodiversity*. Washington: National Academy Press. 521 pp.
- Wilson, E.O. 1992 *The Diversity of Life*. Cambridge, Massachusetts: Belknap Press. 424 pp.